

# MUJER EN EL PARÉNTESIS

9

LEMA: JOHN SILVER

XXIV PREMIO DE RELATO CORTO "CACHIVACHES".

*¿Hacen mal los muertos en volver?*  
Honoré de Balzac, *El coronel Chabert*.

**10-12-2018**

Por fin hoy, queridísimo diario, después de tantos días de deserción y olvido, retorno a ti. Ante todo, disculpa mi infidelidad. Sé que te prometí ser leal y constante, emborronarte cada poco con mis neuras y con los hechos, interesantes o no, que me fueran sucediendo aquí, en la biblioteca, o fuera, en la vida al margen de los libros que tanto me han aportado, cuerpos de luz o cápsulas de oxígeno, denomínalos como quieras. Pero debes saber que tengo excusa. Un inmenso pretexto que te dejará helado cuando sea que me atreva a contártelo, en cualquier caso cuando llegue el momento oportuno.

El tiempo que ha transcurrido desde la última anotación, la del 10-6-2018, ha sido un pestañeo, una estrella fugaz que se zambulle al mar desde el cielo, es decir, Nada, como esa novela triste de Carmen Laforet que rezumaba hambre y violencia y que forzosamente tuve que leer en el instituto y que aún a día de hoy, lejos ya de su contexto, sigue solicitándome el alumnado de los centros educativos. Si por un casual alguno me pide opinión sobre el libro, le informo de que es una historia protagonizada por una joven zombi que sobrevive en una Barcelona parecida a la de ahora, con el aire estancado y podrido.

Han pasado, pues, seis meses desde la última vez que te abrí y entonces, igual que esta mañana, el cóctel de tu olor a tinta seca y el de las páginas de color que te engrosan me llena el olfato, instándome a cerrar los ojos para calcular cuánto de mí se adhiere a ti, cuánto mío eres tú. Esto que hago en este instante, escribir en ti recluida en el cuarto de descanso, es una minuciosa y necesaria operación quirúrgica. Porque igual que tú, amantísimo diario, los libros son el hígado, una mano o el mismo corazón de su autor que se queda trasplantado por siempre sobre su piel. O mejor aún, la escritura es una transfusión de sangre que corre, a veces desbocada, otras lenta y comedida, a través de ningún canal visible. Es algo mágico e inexplicable. Uno de esos pequeños milagros que nos ofrece la vida y que yo, de una manera

modesta, practico y pretendo hacerlo hasta el final. Lo recomiendo como calmante que supla a los calmantes que nos recetan contra el dolor.

## **11-12-2018**

Durante toda la mañana mi único deseo es que llegue mi turno de descanso para estar contigo, que en realidad es estar conmigo a tu lado. Me gusta prepararme a conciencia antes de enfrentarme a ti. Entro en el cuarto, me hago un café y miro el periódico mientras burbujea la cafetera, pero no leo nada porque ninguna noticia me incumbe. La información es un eterno retorno, un bumerang que llega a mí para ser de inmediato relanzado al olvido. Hago tiempo. Solo eso. Caliento en la banda hasta que te abro y leo la anotación anterior. Y acto seguido escribo y entonces todo se me hace edén.

Tanto la de ayer como la de hoy han sido jornadas de reubicación tras seis meses sin estar aquí, en la biblioteca. Ayer se me hizo largo el día y me levanté varias veces a mirar por la ventana. Vi a gente guarecida bajo paraguas rumbo adondequiera que el destino les enviara, motocicletas lentas y coches velocísimos, un perro lanoso encorreado empapándose bajo la lluvia, un anciano perdido y un farallón de piedras sobre la acera y un operario de limpieza del ayuntamiento silbando algo, la melodía de un anuncio o la banda sonora de *El padrino*, qué se yo. Todo esto lo miraba en silencio como si estuviera sumergida en un acuario hasta arriba de agua. Lo veía desde dentro y quería estar fuera, bajo la lluvia, deseaba ser un miembro más de ese ejército de personas corrientes que se dirige hacia dónde de no sé qué lugar. En la biblioteca me sentía inquieta, mosca cumpliendo condena en su ámbar triste y gélido. Lo sé, necesitaba más tiempo para volver a ser lo que había sido.

Hoy me encuentro bastante mejor. Poco a poco las caras de los usuarios me empiezan a resultar simpáticas y reconocibles. Los atiendo con la mejor de mis sonrisas, intentando regresar a mi rutina de ser feliz en el desempeño de mi trabajo. Ubico y recojo y dispenso libros. Soy la ganadera que ordena un rebaño manso de reses de papel. Todo normal, rutinario y tedioso, salvo la presencia desde primera hora de un viejo conocido. Mentiría si te dijera que lo he añorado mientras yo no estaba aquí, pero lo cierto es que me ha encantado

volver a verlo. Le llamo John Silver y nunca he cruzado con él palabras que no fueran saludos o respuestas rápidas a alguna de sus preguntas fugaces. John Silver accede a la sección de hemeroteca, coge un periódico y se sienta a leer. Me gusta acecharlo desde mi atalaya con mi catalejo invisible. Es madrugador y se desplaza cojeando, apoyándose en una muleta raída, envuelta en cinta aislante negra. Si hace frío, viste un gabán largo de bolsillos amplios, en los que podría cobijarse una cobaya o uno de esos loros indiscretos que no cesa de cotorrear. No puedo evitar un escalofrío cada vez que su mano, un muñón con un solo dedo, el índice, pasa las páginas del periódico, siempre de atrás hacia delante. Es silencioso y reconcentrado. No levanta la cabeza del periódico. Parece que estudiara una carta de navegación, un plan metódico, algo sumamente importante. Sé que cualquier día de estos le encararé muy seria, le confesaré que me llamo Jim Hawkins y le pediré que me relate su última aventura marina de cuando era pirata, antes de su irrevocable retiro en tierra firme.

Si mi John Silver entra en la biblioteca por la tarde, se dedica a leer solo libros de poesía. Comprendo entonces que sabrá interpretar sin problemas el mapa del tesoro que le robé a Stevenson de entre sus manuscritos, antes de que se exiliara en Samoa. Adoro la deliciosa coquetería con que John Silver se repeina los cabellos desgreñados con su único dedo disponible.

## **12-12-2018**

Ya sabes que en el ático que habito se transpira el mismo silencio que en la biblioteca. Ni Andrés, mi pareja, ni yo somos excesivamente habladores. No tenemos hijos que pudieran inundar de voces las habitaciones. Alguna vez hemos pensado en adoptar, pero procrastinamos sin pausa porque la burocracia nos horroriza. Y mientras nos decidimos, continuamos con nuestras vidas forjadas de sordinas y prudencias, vidas al margen de los rodeos y los debates, vidas prácticas y concretas. Me gusta y cultivo el honroso hábito del silencio. El silencio es una nube de niebla que siempre va conmigo. Mi mirada es acechante, mi aparato digestivo son algas lacias, mis pasos no huellan la tierra. Soy transparente, hojaldre, una tilde optativa. Así es como me defino.

Para el caso recuerdo una novela, *Nemo*, que no dejo de recomendar. Es parte de mi función en la biblioteca, dinamizar y rescatar del olvido libros sobresalientes, impedir su naufragio, rescatarlos del fuego. *Nemo*, escrita por Hidalgo Bayal, es la historia de un hombre que llega a un pueblo bajo la tenaz determinación de mantenerse en silencio. En ningún momento pronuncia una sola palabra y sin embargo todo a su alrededor es rumor y chisme, sospechas e indicios de por qué ese hombre, enigmático y huraño, ha decidido callarse para siempre. *Nemo* es la cristalización del silencio en una época tan excesivamente comunicada como la nuestra. Nos hallamos tan comunicados que estamos solos porque en el fondo todos somos nadie. El silencio es una opción más para escapar de los peligros de la época.

Ayer. Sucedió ayer cuando entraba en el ático. Nada más abrir la puerta me detuve en seco en el hall. Paralizada. Sentí una especie de miedo, una extraña sensación de estar profanando un hogar que no era el mío. Te juro que pensé durante unos segundos en dar marcha atrás y largarme a toda prisa de allí. Donde fuera. Bien lejos. Salía ruido del interior. Mucho. Me acerqué sigilosamente y contemplé medio oculta cómo Andrés disfrutaba de la música enredada en su cuerpo. Atronaba a todo volumen mientras Andrés bailaba en el centro del salón. Solo él y sus circunstancias musicales. Parecía un molino de viento enloquecido por los aires ridículos que no soplan allí. En muy contadas ocasiones he visto bailar a Andrés. Es patisoso e inarmónico. Enseguida se percató de mi presencia y detuvo su contoneo. Me miró fijamente, me sonrió y me dijo: estoy bailando. Yo le respondí: vale.

### **13-12-2018**

Llegó el momento, querido diario. Fue así. El 11 de junio del presente año desperté con un terrible dolor de cabeza que en apenas un par de horas desembocó en un derrame cerebral. Me ingresaron de urgencias y temiendo por mi vida me indujeron un coma profundo. Permanecí dormida, fuera de este mundo, diez días. No estuve en ningún lugar maravilloso, reconfortante y lleno de amor. Tampoco vi una luz fija al final de un túnel tenebroso. Lo único que recuerdo es escuchar la voz tenue, dulce y segura de mi padre leyéndome un

libro. Es algo extraordinario, lo sé. Tal vez sea poco creíble confesarte que aquel relato, que mi padre leía junto a mí mientras estaba entubada y dormida, me aportaba una grandiosa fuerza interior que me mantenía a flote en el lado de acá de la vida. Quiero decir que esa historia me nutría, me mantenía viva porque deseaba saber cómo continuaba su argumento. Estaba más interesada por conocer el desenlace de una narración humana que por desvelar el intrigante misterio del lado de allá de la muerte. No estoy muy segura de que lo que te cuento fuera como te lo escribo. Estoy confusa y quizás solo se trate de una aprensión, de un efecto misterioso y mimético producido por algo que años atrás había experimentado en mis propias carnes.

En la anotación correspondiente, entregadísimo diario, te dejé escrito cómo fueron los últimos días de la enfermedad de mi padre. Te lo vuelvo a recordar. Como consecuencia de un tumor maligno, mi padre fue perdiendo en pocos meses el movimiento y el habla. Cuando los médicos agotaron las posibilidades terapéuticas, decidieron sedarlo para eliminar su sufrimiento. Nos informaron de que un hombre, de una corpulencia y un peso normal como los suyos, solía aguantar con vida unas 48 horas bajo sedación. Como soy hija única y mi madre no deseaba pasar por el trance, decidí acompañar yo sola a mi padre las noches en que mantuviera el aliento. La primera noche lloré y no cesé de hablarle, despidiéndome de él como se merecía. Le manifesté lo buen padre que había sido. Todo lo que todos le querían. Lo mucho de menos que lo iba a echar. Lo trascendente y modélico que había sido para los que habitamos a su alrededor. Disfruté refiriéndole alguna vivencia común, anécdotas de mi infancia y otras de la suya que anteriormente me había contado con una sonrisa pícaro. La segunda noche, desinflada de afectos y sin apenas nada más que añadirle, situé una silla junto a su cama y comencé a leerle un libro, *Cumbres borrascosas* de Emily Bronte. Durante la lectura me volví a enamorar de Hithcliff y me vi sometida al furor de la naturaleza de aquel páramo inhóspito, a su niebla y a sus salvajes tormentas, semejantes a las inclemencias que estaba padeciendo allí, en esa habitación aséptica de hospital en las horas últimas de mi padre. Cuatro noches tardé en leer la novela, en voz alta, como nunca antes había leído, con seguridad y dulzura,

asumiendo que aquellos trallazos de vida, esos amores imposibles de más allá de la muerte, iban inoculándose en mi padre, que agonizaba con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos cerrados y pálido, suspirante aún. Cuando concluí el libro, todavía respiraba. El médico me aseguró que pocos enfermos soportaban durante tantos días la sedación. Mi padre era un hombre fuerte. Un gran amante de la literatura.

No recuerdo si la historia que escuché, mientras estuve en coma, era *Cumbres borrascosas*. Quiero creer que sí.

### **14-12-2018**



Debes saber, amigo mío, que el coma es un signo de puntuación. Todo relato, sea del género que sea, precisa pausas, puntos, comas y demás. Son fundamentales para que los lectores respiren sin ahogarse bajo el torrente caudaloso de las tramas. La vida es asimismo el relato que redactamos cada día y exige también signos de puntuación, pausas, paréntesis, puntos. Sirva el paralelismo entre vida y literatura para llegar a la conclusión de que el estado en el que me encontré sumida, ese sueño profundo del coma, escondía una justificación. Quiero creer que necesitaba un descanso, un paréntesis, una pausa que me ayudara a proseguir mi camino. Solo escribiendo esto, solo pensando que el coma fue un paso lógico y justificable para seguir adelante, consigo mitigar el dolor de aquellos diez días en que viví pausada en un tránsito entre la vida y la muerte. Encerrada en la maleta de un repliegue temporal. Fui un estar sin ser o un ser sin sustancia. No sé. Estoy aturdida y ya no sé ni lo que escribo, amigo mío. Basta por hoy. Es viernes y tengo acumulado en el cuerpo el trabajo de toda la semana. Una semana dura, querido.

### **17-12-2018**

El fin de semana, colega de fatigas, ha sido apoteósico. El sábado por la mañana, muy temprano, Andrés me despertó con el regalo de un desayuno completo. Tostadas, café, un zumo de naranja recién exprimido y un clavel. Un detalle delicioso. Me lo llevó a la cama en bandeja de plata. Me lo comí,

absolutamente todo con apetito, sin hablar, saboreando cada bocado como si fuese el último. Mientras masticaba le miraba de vez en cuando y él me miraba a mí de cuando en vez, sonriéndome con una dulzura enamorada. Cuando en la bandeja no quedaban más que migajas, Andrés me preguntó qué me gustaría hacer a continuación. Con algo de sorna, le contesté que deseaba ir al mar y tumbarme en la playa a descansar bajo el sol, disfrutando del delicioso acto de no hacer nada más que no hacer nada. Andrés no quiso sabotear mi antojo recordándome que estábamos en invierno y me dijo: tus deseos son órdenes para mí. Me pidió un poco de tiempo, me recomendó que durmiera un poco más y salió de casa.

No tardó más de dos horas en regresar. Desde la puerta, me avisó de que nos íbamos a la playa. Prepárate, me ordenó.

No me lo esperaba. Intuía que Andrés tramaba algo, pero fue una enorme sorpresa encontrarme así el salón. Había retirado la mesa y las sillas y rellenado el suelo con arena de playa. ¿De dónde la habría sacado? Sobre la arena, una pala y un rastrillo y un cubo de plástico. Una estrella de mar, un erizo. Sobre la pared, antes azul turquesa, ahora de un blanco grisáceo, había dibujado un par de palmeras, mar al fondo, olas en la orilla y un rutilante sol gualda en el extremo superior. Desplegando la tumbona que guardábamos en el armario, me ofreció acomodo, unas gafas de sol y un daiquiri preparado con oficio de barman. Me dijo: ya casi está todo, pero aún falta algo. Encendió la tele y buscó en el *Spotify* una *playlist* con música marina. Sonido de olas, graznidos de gaviotas, el claxon intermitente de un barco. Cuando estimó que ya estaba todo listo, me dijo que iba a darse un baño. Enseguida el agua de la ducha susurraba como el de unas cataratas mágicas, con esa melodía tan relajante y calmosa, que sana los espíritus dañados. Entusiasmada, decidí seguir su juego y me puse un bikini, un pareo y unas chanclas. Elegí un *bestseller*, me tumbé en la hamaca y me dejé llevar por el vaivén suave de ese espontáneo día de playa, cálido y relajante, concentrándome en la tarea de no pensar en nada más que en nada.

**18-12-2018**

Los martes. Compañero del alma, siempre ocurre los martes. ¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo he podido estar todo este tiempo sin ser testigo de lo que sucede los martes en la biblioteca? Sobre las doce, más o menos a esa hora llega la anciana Benina. La llamo así como homenaje a aquel personaje inolvidable de *Misericordia* de Galdós.

Benina entra sin saludar ni mirar al bibliotecario de turno, se desplaza sigilosa por el pasillo, arrastrando sus zapatillas de paño, balanceando su falda larga plena de remiendos, con el pelo recogido en un moño canoso, repintada como si fuera a un baile. Trata de pasar desapercibida, se comporta como una usuaria más, saca los libros de su estante, los abre, los hojear, los huele. Es una excelente crítica literaria, conoce las últimas novedades y son estos libros, actuales y bien editados, novísimos, los que al final elige. No tarda en localizar el chip antirrobo y, cuando cree que nadie la mira, lo arranca y guarda el libro, limpio de avisos, en el bolsón de la compra. Repite idéntico proceso cuatro o cinco veces más, depende. Luego sale tan campante por el arco de seguridad, sin mirar a nadie, con la cabeza alta y la caza fresca dentro de su bolsa.

Lo descubrí por casualidad paseando por la avenida próxima a la biblioteca. Sentada en un banco bajo un álamo, Benina exponía los libros junto a otros objetos sobre un hule de tela. No tienen precio, me aseguró cuando pregunté por ellos. La voluntad, me insinuó. Desde entonces cada martes, poco después de que Benina nos haya visitado, me doy un paseo por la avenida. Me aseo, almuerzo un tentempié y busco el puesto de Benina. Es una gran librera. Recomienda con tino y relata sus argumentos con inventiva homérica. Siempre le compro todos los libros y al volver a la biblioteca los retejuelo. No creo que Benina sepa que conozco sus artimañas. En cambio yo sí intuyo cuál es su situación vital. Y no, en ningún momento me castiga la culpa.

**19-12-2018**

Cuando desperté del coma después de un sinfín de estímulos, camarada de lucha, no recordaba casi nada. Es difícil explicarte la situación con palabras. Me sentía como si acabara de nacer o ejerciera de extraterrestre de visita en

un planeta distante, rodeado de rostros que me contemplaban como a un tubérculo deforme o un experimento genéticamente manipulado por un científico esquizofrénico o, por qué no, como la misma bota desgastada de un resucitado Charlot. Las bocas de esos rostros me hablaban pero me era imposible traducir aquella lengua sumeria, áspera para mi oído, semánticamente inextricable, incomprendible para mí. Dijeron que lo que me pasaba era normal. Que el proceso de mi despertar era largo y lento. Que debutaba en la vida. Que me recorría otra sangre y otra carcasa y el espíritu novel de los que regresan de las raíces terrosas del averno. Había estado muerta, pero también viva, como en esa novela de Rulfo, *Pedro Páramo*, cuyos personajes están vivos pero en realidad están todos muertos, conversando desde sus tumbas. Qué sé yo.

A diario fueron ensayando conmigo. Rehabilitación lo llamaban. Me enseñaban fotos de presuntos conocidos míos, familiares, amigos, este fue tu padre, ¿te acuerdas de él, hija mía? Pienso ahora que me podrían haber dado el cambiazo endosándome una familia distinta, ajena a la mía. No hubiera notado el trueque si me hubieran asegurado que mis padres se dedicaban a pastorear cabras en los riscos de los Pirineos o que trabajaban, cuando los bombardeos lo permitían, como estraperlistas de víveres en el asedio de Madrid. Ignoraba quién era Lionel Messi, quién Pedro Sánchez y me importaba un pimiento que reinara un tal Felipe. No sabía en qué época vivíamos. Ni año ni siglo. El tiempo para mí era gelatina, moco de gorila, esperma de ballena. Pienso ahora que aquella amnesia, traumática entonces, era maravillosa. Un vivir sin reloj, sin acordarme de fechas ni de citas. Un vivir sin rencores ni odios, sin presiones históricas ni laborales, sin calendarios. Ignoraba si votaba a la izquierda o me había sumado a la cruzada ultraderechista de la defensa patria. No era xenófoba ni solidaria, ni hetero ni homosexual. Desconocía lo que significaban las prisas o si defendía la causa vegana o la taurina. Era una bebé, una novata. Alguien a quien rellenar con todo el contenido del mundo. Era un frasco de cristal sin esencia. Estaba totalmente vacía.

Me lo tomaba en serio, no creas. Trabajaba duro en la recuperación de mi memoria, realizando ejercicios complejos aptos solo para genios. O eso es lo que me parecía a mí. Creía que formaba parte de uno de los programas de la NASA y estaba siendo adiestrada para ser la ingeniera jefe de una misión con destino a Marte. Pero aquellos ejercicios eran en realidad simples juegos de ingenio, sopas de letras, puzzles básicos e infantiles, cosas así, simplonas. Además de estas actividades, cada mañana reaprendía a hablar silabeando con torpeza, siguiendo las pautas firmes de logopedas simpáticos, hechos a la paciencia de soportar con una sonrisa sincera mi ineptitud y mis dificultades.

Un mes y medio después había recobrado el movimiento y era capaz de caminar, despacito, tanteando cada paso, equilibrándome con una muleta. Se me había restablecido el gusto y percibía el sentido del tacto y, si no hablaba correctamente, me hacía entender tartamudeando con la brusquedad de un motor que tarda en arrancar. Aún tenía la memoria un tanto difusa, dañada por el exilio subterráneo del coma. Qué viaje más estúpido aquel. No acordarse ni de paisajes ni de montañas ni de crepúsculos románticos. No haría falta que te lo escribiera. Lo sabemos todos. Los hospitales están dirigidos por personas presurosas y austeras que necesitan gestionar con pulso firme el escaso presupuesto que reciben. Me dieron el alta. Me aseguraron que habían hecho lo imposible por mí y que el calor del hogar me sentaría bien. Me comentaron algo sobre probables secuelas y me recetaron ejercicios de memoria y lectura, mucha lectura, todo lo que cayera en mis manos, incluido los prospectos de los medicamentos que debía ingerir cada día.

Volvimos a instalarnos en el ático, desaparecieron los visitantes y ralearon las llamadas. Las enfermedades largas son así, no tardan en caer en los huecos del olvido. Así que me encontré yo sola con Andrés. El hombre de mi vida. Aunque a diario trabajaba con constancia en el rescate de mi memoria, practicando ejercicios y gimnasia mental, me acostumbré al silencio y me adentré en una especie de estado agónico, algo parecido a un trauma o a un letargo. Supongo que era una depresión. Estaba deprimida porque no era capaz de pensar con solidez. Tenía oxidado el mecanismo de la reflexión porque la memoria, tras su salto al vacío, estaba corroída por las termitas del

sueño del coma. Me faltaba paciencia. Quería estar sana de pronto, enseguida, ya. Me faltaba alegría y me sobraba pesadumbre. Sucedió entonces que a Andrés se le contagió mi tristeza. Es tan empático que el enfermo parecía ser él. Casualmente lo descubrí hablando solo frente al espejo, hundido, apático, incapaz de ser útil, aunque me ayudaba en lo que podía. Pobre. Pienso ahora que a ambos nos faltó brío y confianza para cumplir los plazos con que me había hipotecado mi sueño profundo. Me dolía ver a Andrés tan triste, tan decaído, así que un día le dije que ya no le quería, que le aborrecía, que estar con él me enfermaba más de lo que ya estaba. Que era mi enemigo. Mi antagonista. Una úlcera para mí. Búscate otra mujer, le grité. Y él lo hizo.

## **20-12-2018**

Amado confidente, me encanta descubrir abarrotada la biblioteca. Es quizá que la gente se ha vuelto loca de pronto y llega aquí en grupo, a nuestra pequeña cabaña de cristal, a pescar piezas hermosas junto al río. Es tan fácil. Solo tienen que extender las cañas de sus brazos y alcanzar uno de esos minúsculos cerebros de papel que esperan en las estanterías. Erguidos como centinelas sonámbulos. La memoria del tiempo se cobija entre sus páginas, agazapada, aguardando el instante en que alguien, un valiente o un desaprensivo, se decida a abrir sus losas para que el aroma del conocimiento se esparza, una vez más, por cada rincón del mundo. Aquí está disponible la memoria que me faltó en su momento, la que fui recobrando mediante el esfuerzo y la voluntad. Gracias a mis ansias por permanecer un rato más aquí, entre los vivos.

Si me canso de estar sentada en mi puesto de vigilancia, me levanto y paseo por las veredas de tierra que conducen al río. Me gusta, sobre todo, contemplar a los más jóvenes resolviendo sus tareas escolares mientras dan cuenta de un refrigerio, practican juegos de mesa o escuchan relatos interpretados por actores en cuyo cerebro, igual que aquellos juglares medievales, se aloja parte de la memoria colectiva. Adoro ver cómo estos niños ríen y disfrutan y toman el sol y se zambullen de vez en cuando en el remanso. Agradezco a sus padres que no se los lleven a un centro comercial.

Me complace también observar a los marginados que no han encontrado una diversión mejor, a los que leen volúmenes concienzudos mientras esperan una catarsis, a los que toman notas rápidas a la par que escrutan optimistas el cielo, a los poetas menores que plagian poemas de los grandes poetas para conquistar a un amor, a los investigadores que se cansan pronto y salen a fumar, a los bomberos y a los militares que estudian oposiciones solucionando test, a los futuros jueces y fiscales que cantan los temas con cronómetro, a los lectores de *bestsellers* que se creen expertos críticos literarios, a las amas de casa que rellenan su abnegación con lectura de la buena, a los frívolos que desean dejar de serlo o simplemente a los que entran, saludan y sonrían con una de esas inolvidables sonrisas que alienta y se te queda clavada como una astilla indolora para el resto del día.

Este es, estimado confidente, mi día a día aquí, en la cabaña de cristal junto al río.

## **21-12-2018**

Adorado cómplice, hoy es víspera de vacaciones. Serán las primeras navidades tras mi tránsito y me gustaría que fuesen especiales. Me encuentro alegre y preparada para afrontar lo venidero. Aunque mi futuro es incierto y más bien amargo, las secuelas de momento son mínimas. Recuerdo, puedo pensar y por tanto olvido y asumo la infidelidad de Andrés. Le amo con locura. Esa es una de las lecciones que he aprendido de todo esto. Por su paciencia, se ha ganado el regalo. Ayer mismo reservé vuelo y diez días de hotel en Roma, la ciudad eterna. Será como nuestro paréntesis común de descanso. Una pausa merecida. Una coma.